
Los intelectuales italianos y la transición al posfascismo

Author(s): Luca La Rovere and Javier Muñoz Soro

Source: *Ayer*, 2011, No. 81, Los intelectuales en la Transición (2011), pp. 109-143

Published by: Asociacion de Historia Contemporanea and Marcial Pons Ediciones de Historia

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/41326110>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



and *Ayer* are collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to

JSTOR

Los intelectuales italianos y la transición al posfascismo

Luca La Rovere

Università degli Studi di Perugia

Resumen: Este artículo analiza la cuestión aún polémica de la herencia del fascismo en Italia. Del debate planteado durante la posguerra sobre la experiencia fascista entre los intelectuales emerge el tema de la «culpa colectiva» de los italianos. El llamamiento a un examen de conciencia colectivo se opuso a la tendencia a olvidar el consenso social del régimen fascista para la invención de un pasado antifascista. La segunda parte del artículo se centra en la transición al posfascismo de los jóvenes intelectuales formados durante el régimen. La influencia de la educación fascista hizo de la integración de los jóvenes intelectuales en el nuevo sistema democrático un proceso complejo y doloroso.

Palabras clave: fascismo, intelectuales, República italiana, juventud, transición.

Abstract: This article tries to assess the still controversial question concerning the legacy of fascism in Italy. The analysis of post-war debate on the fascist experience among the intellectuals shows the emergence of the theme of Italians' «collective guilt». The call for a collective examination of conscience was opposed by a trend to forget the consent to fascist regime by the invention of an anti-fascist past. The second part of the article focuses on the transition to post-Fascism of the young intellectuals grown up during the fascist regime. The burden of fascist education made the integration of young intellectuals into the new democratic system a complex and painful process.

Keywords: fascism, intellectuals, Italian Republic, youth, transition.

Recibido: 25-08-2010

Aceptado: 02-12-2010

La transición de los italianos del fascismo a la democracia: ¿una cuestión historiográfica?

El tema de la transición de los italianos desde el fascismo a la democracia ha sido durante largo tiempo desatendido por los historiadores. En la inmediata posguerra, las fuerzas políticas y culturales del antifascismo desplegaron una intensa acción propagandística para construir la imagen de un país que había permanecido inmune al contagio fascista¹. La Resistencia, iniciada tras la publicación del armisticio con los Aliados el 8 de septiembre de 1943, y en la que había participado una reducida minoría de la población, fue celebrada como una lucha de liberación combatida por todo un pueblo contra el invasor nazi-fascista². Esta representación mitificada, necesaria para reconstruir la identidad italiana bajo los valores del antifascismo, sin embargo llevó a ocultar el difundido y radicado consenso que el fascismo había obtenido en amplios sectores de la sociedad italiana entre 1922 y 1943. Desde esta visión, la caída del régimen fascista, el 25 de julio de 1943, fue interpretada como un momento de neta discontinuidad en el curso de la historia nacional: terminada la brutal opresión de la dictadura, los italianos podían empezar una nueva fase de su historia³.

En el discurso público, la retórica sobre el «nuevo inicio» de la vida pública prevaleció sobre la necesidad de mirar sin tapujos hacia el reciente pasado. Incluso la atención de los historiadores, cuya mayor parte se reconocía en los valores del antifascismo, se dirigió predominantemente hacia el análisis de los hechos y los sujetos políticos y sociales que habían dado vida a la Resistencia, y hacia sus proyectos de reconstrucción de una «nueva Italia». Los estudios relativos al periodo fascista se limitaron a buscar las bases de la Resistencia y, por tanto, al estudio del movimiento antifascista en el exilio y a su acción clandestina en Italia durante los años del régimen⁴. Sólo

¹ Se trata del llamado «paradigma antifascista». Sobre el tema, véase FOCARDI, F.: *La guerra della memoria. La Resistenza nel dibattito politico italiano dal 1945 ad oggi*, Roma-Bari, Laterza, 2005.

² Por ejemplo, LONGO, L.: *Un popolo alla macchia*, Milán, Mondadori, 1947.

³ FRANZINELLI, M.: «Il 25 luglio», en ISNENGHI, M. (ed.): *I luoghi della memoria. Personaggi e date dell'Italia unita*, Roma-Bari, Laterza, 1997, pp. 221-222.

⁴ Un ejemplo representativo de esta tendencia en QUAZZA, G.: *Fascismo e società italiana*, Turín, Einaudi, 1973.

a mitad de los años sesenta se afrontó la cuestión de la herencia del fascismo, pero se hizo casi exclusivamente desde la perspectiva de las «continuidades» institucionales, en particular las referidas a las estructuras burocráticas y al personal administrativo del Estado⁵. En este marco, la transición de los italianos al posfascismo, es decir, el problema de los cambios ideológicos, políticos y culturales que habían intervenido en el paso de un régimen a otro, no constituía un problema historiográfico que mereciera plantearse. Este esquema interpretativo ha sido aplicado igualmente a los intelectuales. La amplia aceptación de la tesis de Norberto Bobbio, según la cual el fascismo no había tenido una ideología original ni había llevado a cabo una propia política cultural, contribuyó a que el fenómeno de mutación de las culturas políticas en la transición del fascismo al posfascismo haya permanecido sustancialmente sin investigar⁶.

Sólo a partir de los años noventa, gracias a los estudios realizados en los años anteriores por el grupo de historiadores reunido en torno a la figura de Renzo de Felice y sucesivamente a la crisis del antifascismo como elemento estructurante de los valores políticos nacionales⁷, la historiografía italiana ha comenzado a aceptar la idea de que el régimen se habría asentado sobre un consenso masivo de los italianos⁸. Los trabajos de Emilio Gentile en esos mismos años mostraron cómo el régimen fascista había intentado llevar a cabo una original «vía italiana al totalitarismo»⁹. Los estudios sobre la política cultural del régimen han demostrado, además, no sólo la extendida implicación del mundo de la cultura en el proyecto educativo del fascismo, sino también la

⁵ ROMANELLI, R.: «Apparati statali, ceti burocratici e metodi di governo», en CASTRONOVO, V. (ed.): *L'Italia contemporanea, 1945-1975*, Turín, Einaudi, 1976, pp. 145-190, así como los ensayos recogidos en PAVONE, C.: *Alle origini della Repubblica. Scritti su fascismo, antifascismo e continuità dello Stato*, Turín, Bollati Boringhieri, 1995.

⁶ BOBBIO, N.: «La cultura e il fascismo», en QUAZZA, G. (ed.): *Fascismo e società italiana*, Turín, Einaudi, 1973.

⁷ LUZZATTO, S.: *La crisi dell'antifascismo*, Turín, Einaudi, 2004.

⁸ La obra en la que De Felice exponía su tesis era el volumen IV de la biografía de Mussolini, en realidad una auténtica historia de Italia durante el régimen fascista; DE FELICE, R.: *Mussolini il duce. Gli anni del consenso, 1929-1936*, Turín, Einaudi, 1974.

⁹ GENTILE, E.: *La via italiana al totalitarismo. Il partito e lo Stato nel regime fascista* (1995), Roma, Carocci, 2008 (hay edición en español: *La vía italiana al totalitarismo: partido y Estado en el régimen fascista*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005).

adhesión convencida de los intelectuales a los mitos y los valores del fascismo¹⁰.

Sin embargo, estos avances realizados en la comprensión del régimen fascista no han dado lugar a una nueva fase de estudios, capaz de ampliar el horizonte temático en la cuestión de la transición de régimen¹¹. De manera que la historiografía italiana parece haber pasado de una incondicional y acrítica adhesión al «paradigma antifascista» a la aceptación de un nuevo estereotipo: el de la descarada reconversión en masa de los italianos desde la fe en el fascismo a la del antifascismo como resultado de la crisis de 1943¹². La —presunta— rapidez con la cual los intelectuales se convirtieron al antifascismo ha sido asumida como un símbolo del comportamiento de la sociedad en su conjunto¹³. A la denuncia del olvido del pasado, que adquiere a menudo un tono moralizante, no corresponde en general una adecuada profundización en el difícil proceso a través del cual la sociedad italiana intentó ajustar sus cuentas con el fascismo. Esta tesis vuelve a proponer uno de los tópicos más consolidados sobre el «carácter de los italianos», muy utilizado también en la posguerra. Se trata de un auténtico mito cultural, según el cual la secular historia de división política y de sometimiento al domi-

¹⁰ Véanse, entre otros, BEN-GHIAT, R.: *La cultura fascista*, Bologna, Il Mulino, 2000; MANGONI, L.: *L'interventismo della cultura. Intellettuali e riviste del fascismo* (1974), Turín, Aragno, 2002; D'ORSI, A.: *La cultura a Turín tra le due guerre*, Turín, Einaudi, 2000; TURI, G.: *Lo Stato educatore. Politica e intellettuali nell'Italia fascista*, Roma-Bari, Laterza, 2002, y SEDITA, G.: *Gli intellettuali di Mussolini. La cultura finanziata dal fascismo*, Florencia, Le Lettere, 2010. Para las nuevas generaciones de intelectuales, véase LA ROVERE, L.: *Storia dei Guf. Organizzazione, politica e miti della gioventù universitaria fascista*, Turín, Bollati Boringhieri, 2003.

¹¹ Una feliz excepción es la constituida por el volumen de ZUNINO, P. G.: *La Repubblica e il suo passato. Il fascismo dopo il fascismo, il comunismo, la democrazia: le origini dell'Italia contemporanea*, Bologna, Il Mulino, 2003. Sobre los intelectuales, véase MANGONI, L.: «Civiltà della crisi. Gli intellettuali tra fascismo e antifascismo», en *Storia dell'Italia repubblicana*, vol. I, Turín, Einaudi, 1994, pp. 617-718. He tratado el tema en LA ROVERE, L.: *Gli intellettuali, i giovani e la transizione al postfascismo, 1943-1948*, Turín, Bollati Boringhieri, 2008.

¹² Véanse, entre otros, GALLI DELLA LOGGIA, E.: *La morte della patria. La crisi dell'idea di nazione tra Resistenza, antifascismo e Repubblica* (1996), Roma-Bari, Laterza, 2008, p. 95, y LEPRE, A.: *L'anticomunismo e l'antifascismo in Italia*, Bologna, Il Mulino, 1997, p. 100.

¹³ Entre los ejemplos más recientes, SERRI, M.: *I redenti. Gli intellettuali che vissero due volte*, Milán, Corbaccio, 2005, y BATTISTA, P. L.: *Cancellare le tracce. Il caso Grass e il silenzio degli intellettuali italiani dopo il fascismo*, Milán, Rizzoli, 2006.

nio extranjero habría acostumbrado a los italianos a la falta de sentido de Estado, favoreciendo la tendencia al «transformismo», entendido éste como la habilidad de ponerse siempre de la parte del vencedor de turno, sin un efectivo convencimiento ideal, sino sólo por propio beneficio¹⁴.

Es evidente además que ambas interpretaciones, aunque de manera diferente, acaban negando la naturaleza totalitaria del régimen de Mussolini. Si para los sostenedores del «paradigma antifascista» los italianos no habían sido casi influidos por el fascismo, que se había revelado incapaz de incidir de manera duradera sobre las mentalidades y las costumbres, para los partidarios de la interpretación «transformista», los italianos, si bien habían creído en los mitos del régimen, una vez cerrado el paréntesis fascista se readaptaron con desenvoltura y sin consecuencias apreciables a la nueva situación política. Lo mismo que habían sido fascistas por oportunismo, por conformismo o para vivir tranquilos, ahora daban por las mismas razones su adhesión a los nuevos partidos antifascistas. La capacidad de penetración de la ideología fascista y, en consecuencia, el compromiso político de los italianos habrían sido así igual de superficiales y de breve duración. Partiendo de tales premisas, ninguna de estas interpretaciones logra poner en el centro del análisis las consecuencias del dominio del régimen totalitario sobre la sociedad italiana: si se asume que el proyecto fascista de crear un nuevo hombre para regenerar la nación fracasó miserablemente, está claro que el problema de entender cuáles fueron los efectos a largo plazo de la pedagogía fascista pierde gran parte de su relevancia historiográfica.

En efecto, la cuestión de la transición no ha sido estudiada aún en esta vertiente de la condición humana y psicológica experimentada por los individuos que vivieron ese dramático punto de ruptura de la historia nacional. ¿Cuál fue su concepción del pasado? ¿Cuáles sus ansias de futuro? ¿Cómo gestionaron el difícil

¹⁴ Véase BOLLATI, G.: *L'italiano. Il carattere nazionale come storia e come invenzione* (1972), Turín, Einaudi, 1983. El «trasformismo», como elemento dominante de la historia política italiana, ha encontrado su más elevada expresión literaria en la novela de LAMPEDUSA, G. T. DI: *Il gattopardo*, Milán, Feltrinelli, 1957. Véase también BIANCO, P.: *Elogio del voltagabbana. Origine e storia di un tabù*, Venecia, Marsilio, 2001. La expresión italiana «voltare gabbana» (gabardina larga y sin mangas, semejante a una capa) corresponde a la española «cambiar de chaqueta», es decir, cambiar rápidamente de opinión o facción política por conveniencia u oportunismo.

proceso de redefinición de las propias identidades en una transición que determinaba un cambio radical de los valores compartidos por la sociedad? ¿Y cuáles fueron las herencias —desde el punto de vista de las mentalidades, de los valores y de las culturas políticas— del fascismo? Para intentar responder a estas preguntas es necesario tener presente que un cierto grado de olvido del pasado está fisiológicamente ligado a las rápidas transformaciones de las referencias identitarias de los individuos¹⁵. Desde este punto de vista, el caso italiano no se aparta del de otros países, en primer lugar de Alemania, que experimentaron formas de dominio totalitario y llevaron a cabo políticas de depuración¹⁶. No cabe duda de que muchos exfascistas trataron de sobrevivir al cambio de régimen adoptando una estrategia transformista, pues se sabe por experiencia que el oportunismo puede ser un factor que determina el proceso de realineamiento de las posiciones políticas de los individuos en fases de cambio sistémico. Los estudios sobre las transiciones de régimen han evidenciado cómo el proceso de refundación y consolidación de la democracia no puede prescindir de los activistas del viejo régimen, dispuestos a aceptar la nueva situación a cambio de que no haya una petición de responsabilidades políticas y morales sobre el pasado¹⁷. Como historiadores, sin embargo, no podemos limitarnos a emitir juicios moralizadores sobre los comportamientos de los hombres del pasado: debemos más bien tratar de comprenderlos dentro del contexto histórico que tuvieron que afrontar, huyendo de la tentación de proponer explicaciones banales y *passe-par-tout*.

Todas las transiciones de régimen, en las cuales se produce una brusca mutación de los valores compartidos por la colectividad, dan lugar de manera más o menos acentuada a un proceso de re-

¹⁵ LOURAX, N.: *Usage de l'oblie*, París, Seuil, 1988, y TODOROV, Z.: *Les abus de la mémoire*, s. l., Arlea, 1995 (hay edición española: *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós, 2000).

¹⁶ Véanse DÉAK, I.; GROSS, J. T., y JUDT, T. (eds.): *The Politics of Retribution in Europe. World War II and Its Aftermaths*, Cambridge, Princeton University Press, 2000, y KHAZANOV, A. M., y PAYNE, S. G. (eds.): «Reckoning with the Past: Perpetrators, Accomplices and Victims in Twentieth and Twenty-first Century Narratives and Politics», *Totalitarian Movements and Political Religions*, 2-3 (2008).

¹⁷ MORLINO, L.: «Il consolidamento democratico: definizione e modelli», *Rivista italiana di Scienza politica*, 2 (1986), p. 210.

definición de las identidades individuales y colectivas¹⁸. En el paso del fascismo a la democracia, este aspecto fue especialmente relevante. El fascismo no fue sólo un régimen político, sino que pretendía ser —y en parte lo consiguió— un sistema de valores y de creencias, una doctrina en la cual los ciudadanos debían creer con fe absoluta¹⁹. El partido único totalitario, centro neurálgico del régimen, pretendía regular cada aspecto de la vida de los italianos a través de una intensa acción de pedagogía colectiva²⁰. Al «hombre nuevo» fascista se le exigía ser un individuo útil a los objetivos y las exigencias del Estado totalitario, y sus comportamientos públicos y también privados debían ser la expresión de una profunda interiorización de los preceptos de la doctrina fascista²¹. Para millones de hombres y mujeres que durante más de veinte años habían identificado sus valores y sus convicciones con las del fascismo, la caída del régimen no podía ser vivida sino como el final de una parte de la propia existencia.

Obviamente, la organización y la acción pedagógica del régimen fascista no alcanzaron con la misma eficacia a toda la sociedad italiana. De ahí que el análisis de la transición se complique por la dificultad de definir con precisión las continuidades y las discontinuidades de ideas, valores y mentalidades de los distintos grupos sociales, de las diversas cohortes de edad y de las diferentes áreas geográficas del país. Las consecuencias de la transición fueron seguramente sentidas con más dramatismo por los individuos pertenecientes a las clases medias urbanas, no sólo porque hubieran sido más sensibles a los mitos del fascismo, sino también porque habían vinculado al régimen sus perspectivas de carrera y promoción social. Aquellos que, por el contrario, habían permanecido o habían quedado por fuerza de las cosas distanciados de la vida pública —a causa de su lejanía de los centros de poder y de la acción propagandística del régimen (caso, por ejemplo, de las poblaciones rura-

¹⁸ PETRI, W.: «Transizione: sui passaggi di regime e il caso italiano», *Novecento*, 12 (2005), pp. 9-20.

¹⁹ GENTILE, E.: *Il culto del littorio. La sacralizzazione della politica nell'Italia fascista*, Roma-Bari, Laterza, 1993 (hay edición española: *El culto del littorio. La sacralización de la política en la Italia fascista*, México, Siglo XXI, 2007).

²⁰ GENTILE, E.: *La via italiana al totalitarismo...*, *op. cit.*, pp. 186-191.

²¹ LA ROVERE, L.: «Rifare gli italiani: l'esperimento di creazione dell' "uomo nuovo" nel regime fascista», *Annali di storia dell'educazione e delle istituzioni scolastiche*, 9 (2002), pp. 51-78.

les de la Italia meridional)— se vieron sin duda menos afectados por la transición y, una vez acabada la guerra, se adaptaron rápidamente al nuevo clima político²².

Otro problema se plantea por las fuentes disponibles para documentar las orientaciones de la opinión pública. Hay que admitir que difícilmente podremos reconstruir la manera en que el «hombre de la calle» vivió aquellos años cruciales. Por eso los testimonios que nos han dejado los intelectuales —escritores, periodistas, políticos— resultan fundamentales para reconstruir los estados de ánimo y las orientaciones —también las ocultas— de la sociedad italiana. Las opiniones de los intelectuales no representaban sólo el punto de vista de una minoría, sino que además dieron voz a los sentimientos, las ideas y las actitudes más difundidas. Los intelectuales fueron observadores participantes de los procesos en marcha y, como el resto de los italianos, habían asumido con relación al fascismo una amplia gama de posiciones que iban desde la adhesión militante a la oposición activa de una minoría, pasando por las gradaciones intermedias de fascismo, afascismo y antifascismo. No obstante, hay que señalar que también en esos sectores de la población que habían apoyado con entusiasmo el fascismo hasta la entrada en la Segunda Guerra Mundial, la dramática realidad de los bombardeos de las ciudades, el racionamiento de los alimentos, la evacuación y la muerte produjeron un fenómeno de gradual pero inexorable desgaste del consenso²³. En algunos ambientes católicos, particularmente entre los intelectuales, la promulgación de las leyes raciales y luego la guerra al lado de la Alemania nazi reforzaron la convicción de una sustancial incompatibilidad de la ideología y la política fascista con los valores y preceptos de la doctrina cristiana²⁴.

²² No hay que olvidar que, pese a todo, la movilización fascista logró resultados notables también en las áreas más periféricas del país, sobre todo entre los jóvenes e intelectuales.

²³ Este fenómeno ha sido definido como «antifascismo de guerra»; véase LEPRE, A.: *Le illusioni, la paura, la rabbia. Il fronte interno italiano, 1940-1943*, Nápoles, Edizioni Scientifiche Italiane, 1989.

²⁴ MORO, R.: «Afascismo e antifascismo nei movimenti intellettuali di Azione cattolica dopo il '31», *Storia contemporanea*, 4 (1975), pp. 733-800, e *id.*: «I cattolici italiani di fronte alla guerra fascista», en PACETTI, M.; PAPINI, M., y SARCINELLI, M.: *La cultura della pace dalla Resistenza al Patto Atlantico*, Ancona, Il Lavoro Editoriale, 1988, pp. 75-126.

En el derrumbamiento del régimen, las reacciones de los intelectuales fueron, en línea general, las mismas de la masa de los italianos. Quienes habían sido obligados a vivir en el clima de pesado conformismo de la dictadura en una condición de «exiliados internos» experimentaron un sentido de alivio y de confiada expectativa en un futuro mejor²⁵. Estos intelectuales no sólo registraron con precisión las transformaciones que tuvieron lugar durante aquellos meses en los comportamientos y las costumbres de los italianos, sino que contribuyeron ellos mismos al renacimiento de una opinión pública libre y crítica, desarrollando una importante reflexión sobre la naturaleza del fascismo y sobre las consecuencias de su dominio sobre la sociedad italiana. En cambio, quienes se habían reconocido en el fascismo y a éste debían su posición pública y hasta su propia carrera fueron presa del desánimo y de la desesperación. Los más comprometidos con el pasado del régimen fueron depurados u obligados a guardar silencio, al menos durante la inmediata posguerra, mientras que otros, adoptando un comportamiento mimético, lograron su reinserción gradual en la nueva vida pública, manteniendo un embarazoso silencio sobre el pasado y dedicándose a actividades intelectuales que, en un primer momento, los mantuvieran alejados de la vida política activa. Finalmente, una minoría compuesta sobre todo por intelectuales de la nueva generación, nacida y crecida en los años del régimen, trató de reflexionar sobre los errores pasados para hacer de ello un instrumento de pedagogía cívica al servicio de todos aquellos que, en buena fe, habían creído en los sueños de grandeza del fascismo.

Una sociedad influida por el fascismo

Después de la destitución y el arresto de Mussolini, el 25 de julio de 1943, la formación de un gobierno guiado por el mariscal Pietro Badoglio favoreció la reorganización o la reconstitución de los partidos políticos antifascistas, así como una tímida recuperación del debate político. Muchos italianos, exasperados por el sufrimiento de la guerra, confiaban en que la caída del fascismo sig-

²⁵ RAPONE, L.: *Antifascismo e società italiana, 1926-1940*, Milán, Unicopli, 1999, p. 26.

nificaría el final del conflicto²⁶. Por el contrario, Badoglio proclamó que Italia continuaría la guerra junto al aliado alemán. Cuando el 8 de septiembre de 1943 se anunció el armisticio con los anglo-americanos, la fuga del rey al territorio liberado y controlado por los Aliados, el llamado «Reino del Sur», al mismo tiempo que la creación en el Norte de la República Social Italiana bajo protección de los alemanes, determinaron la disolución del Estado unitario surgido del *Risorgimento* y el comienzo de una sangrienta guerra civil. En ella se enfrentaron los italianos que siguieron creyendo en el fascismo y en Mussolini, y los que, organizados en bandas partisanas y bajo la coordinación político-militar del Comité de Liberación Nacional (CLN), tomaron las armas contra los nazis y sus aliados fascistas. Con la liberación de Roma el 4 de junio de 1944 se formó un gobierno de unidad nacional presidido por Badoglio, con el apoyo de todos los partidos antifascistas unidos en el CLN.

En paralelo a esta evolución de la situación político-militar, el debate sobre el fascismo protagonizado por los intelectuales después del 25 de julio de 1943 se articuló en tres fases distintas. La primera, inmediatamente después de la caída de Mussolini, fue de breve duración y se caracterizó por el intento de construir una pedagogía de la memoria, con la finalidad de comprender qué había sido el fascismo y cuáles las razones por las que tantos italianos honestos y de buena fe habían sostenido un régimen liberticida y belicista. Después del 8 de septiembre de ese año, el discurso sobre el fascismo cambió de manera significativa. El renacido neofascismo en el Norte, aparte de representar una amenaza grave para el restablecimiento de la democracia, demostró que el fascismo no había sido de ningún modo liquidado y que una parte de los italianos continuaba luchando y muriendo en su nombre. La prioridad de concentrar el fuego de la propaganda contra un enemigo todavía vivo y las difíciles condiciones en que trabajaba la prensa, reducida a la clandestinidad salvo en los territorios liberados por las tropas aliadas, condujeron a una drástica limitación, aunque no a una completa desaparición, del debate sobre el fascismo. Si, por un lado, la demonización de los neofascistas, de quienes perseveraban en el error de combatir por la causa equivocada, prevalecía en esa tímida indagación sobre las causas y las

²⁶ LEPRE, A.: *Le illusioni, la paura, la rabbia...*, op. cit., pp. 159 y ss.

responsabilidades de la dictadura fascista, por otro, el sentimiento de hallarse frente a una crisis que socavaba los cimientos mismos de la nación hizo aún más urgente interrogarse sobre los errores pasados y reflexionar sobre la «culpa colectiva» de los italianos²⁷. La tercera fase se inició con la liberación de la capital, y tuvo su mayor impulso con el final de la guerra, el 25 de abril de 1945, para agotarse a mediados de 1946, cuando el nuevo clima surgido con la amnistía decretada a iniciativa del ministro de Justicia, el líder comunista Palmiro Togliatti, hizo declinar definitivamente la cuestión de la culpa colectiva. Al mismo tiempo, como veremos, las necesidades políticas de la reconstrucción de la vida pública bajo el estandarte del antifascismo condujeron a su progresiva marginación en el discurso público. En las páginas siguientes, y dentro de esta periodización propuesta, extrapolaremos algunos temas y algunas voces del debate sobre las responsabilidades del fascismo y la culpa de los italianos²⁸.

Ya el día después de la caída del fascismo emergía del análisis de algunos intelectuales una imagen de la sociedad italiana completamente distinta de la presentada por la prensa de los partidos antifascistas, que en su mayoría tendía a interpretar las manifestaciones de alegría con las cuales había sido acogida la noticia de la destitución de Mussolini en algunas ciudades italianas como la prueba de una tenaz aversión al fascismo incubada desde siempre por las masas populares²⁹. En la prensa de información, es decir, no ligada directamente a los partidos políticos, la imagen consolatoria de un pueblo que durante veinte años había silenciosa, pero tenazmente, resistido al fascismo se diluía en la polémica motivada por la rápida adaptación de los italianos al nuevo panorama político. Por ejemplo, el periódico dirigido por el escritor Corrado Alvaro, *Il Popolo di Roma*, ironizaba sobre el hecho de que los muchísimos italianos que ahora se declaraban antifascistas eran delatados por un pequeño detalle: el ojal de la chaqueta, en el que se

²⁷ Con referencia a la crisis posterior al 8 de septiembre —disolución del Estado unitario nacido del *Risorgimento* e inicio de una cruenta guerra civil—, Ernesto Galli della Loggia ha hablado de «muerte de la patria»; véase nota 12.

²⁸ Para un tratamiento del tema más exhaustivo, véase LA ROVERE, L.: *L'eredità del fascismo. Gli intellettuali, i giovani e la transizione al postfascismo, 1943-1948*, Turín, Bollati Boringhieri, 2008.

²⁹ Por ejemplo, *l'Unità*, 27 de julio de 1943; *Avanti!*, 1 de agosto de 1943, y *L'Italia libera*, 10 de agosto de 1943.

colocaba el distintivo del partido fascista, aparecía deshilachado y consumido por el uso³⁰.

Más allá de la sátira costumbrista y de la fácil ridiculización de quienes «cambiaban de chaqueta» (los llamados «*voltagabbana*»), que dará origen a la interpretación historiográfica antes citada del «transformismo»³¹, la reflexión sobre el material humano con el que proceder a la reconstrucción de la democracia se planteaba en términos más serios y era motivo de preocupación sobre el futuro del país. A las pocas semanas de la caída del régimen, Tommaso Gallarati Scotti, diplomático y escritor de orientación católico-liberal, analizando el «estado de ánimo» de los italianos tras el final del fascismo, notaba que sólo una minoría había conservado intacta la fe en los valores democráticos. La mayoría, después de veinte años de dictadura, formaba una «masa gris que el espíritu de renovación mueve con dificultad, masa inerte, desconfiada hacia la acción, acostumbrada a obedecer y no reflexionar, que instintivamente gravitaría hacia aquellas formas de gobierno que no hacen trabajar la mente»³². El autor señalaba como un problema decisivo para las fuerzas democráticas las consecuencias políticas, culturales y morales de dos décadas de dominio fascista sobre la sociedad italiana, y los posibles remedios para poner al país en la vía de una auténtica renovación democrática.

Así, para una minoría de intelectuales antifascistas, la discusión sin tapujos sobre el pasado reciente y el reconocimiento de los errores cometidos era un paso esencial para erradicar la «mentalidad fascista» y para construir una nueva idea de ciudadanía democrática, basada sobre la ética de la responsabilidad y la memoria. Por esta razón, oponiéndose a una tendencia dominante de echar el pasado al olvido, entre la mitad de 1943 y finales de 1945 plantearon en la opinión pública una verdadera cuestión de la «culpa colectiva» de los italianos. A diferencia de lo que ocurrirá en la Alemania posterior a 1945, la cuestión de la culpa no halló en Italia una formulación sistemática y unitaria³³, sino que emergió de una va-

³⁰ «Cucirsi l'occhiello», *Popolo di Roma*, 29 de julio de 1943.

³¹ Véase nota 14.

³² GALLARATI SCOTTI, T.: «Stati d'animo», *Corriere della sera*, 8 de septiembre de 1943.

³³ La referencia es, obviamente, JASPERS, K.: *Die Schuldfrage*, Heidelberg, Schneider, 1946. El libro fue traducido en Italia con el título *La colpa della Germania*, editado por R. DE ROSA, Nápoles, Edizioni Scientifiche Italiane, 1947.

riedad de intervenciones aparecidas en la prensa a cargo de intelectuales de distintas orientaciones políticas y culturales y con gran variedad de experiencias existenciales a sus espaldas. Todos ellos estaban convencidos de que la destrucción del patrimonio de valores políticos y civiles de la Italia del *Risorgimento*, la agresión contra pueblos libres, la desastrosa aventura de la guerra y la tragedia del enfrentamiento fratricida no podía imputarse a una banda de criminales encabezada por Mussolini. La pendiente a lo largo de la cual se había ido deslizado el país, hasta precipitarse en el abismo, era resultado del voluntario sometimiento de los italianos a un régimen liberticida, militarista e imperialista. Por eso era necesario un severo «examen de conciencia colectivo», para provocar una neta cesura psicológica y cultural con el régimen anterior y permitir a millones de exfascistas integrarse en el nuevo sistema democrático.

Ese *mea culpa* tuvo lugar en la prensa de todas las tendencias y, en primer lugar, en la católica. No ya sólo porque el tema del examen de conciencia introspectivo y de la confesión de la culpa fuera connatural a los católicos, sino también porque en el universo intelectual del catolicismo italiano se había ido acumulando un patrimonio de experiencias y de reflexiones que, con el final del fascismo, pudieron ser ulteriormente desarrolladas. Escribiendo en la revista del Movimiento de Licenciados Católicos, un anónimo sacerdote ponía en evidencia el nexo entre la adhesión de los italianos a los falsos mitos del fascismo y el declinar de los valores cristianos de la sociedad. Los católicos habían aceptado la dictadura a cambio de una ilusoria idea de orden y disciplina y, contentándose con las ventajas ofrecidas por la conciliación entre el Estado y la Iglesia de 1929, se habían acomodado a un culpable y poco viril «conformismo sin ideales». Todos habían pecado: los intelectuales, por renunciar a leer los acontecimientos políticos «a la luz del Evangelio»; la prensa, que había aceptado pasivamente las directrices de la propaganda oficial, e incluso el clero, que se había conformado con realizar una acción pastoral formal y superficial, incapaz de oponerse a los efectos anticristianos de la ideología fascista³⁴.

También en el mundo laico las causas del declive generalizado de la ética pública se buscaron en la subyugación de las conciencias llevada a cabo por la dictadura. El antifascista liberal Mario Borsa,

³⁴ L. V.: «Le tappe di una crisi», *Studium*, octubre de 1943.

nuevo director del *Corriere della sera*, escribió sin medias tintas sobre el tema:

«La colpa, vera, umiliante, imperdonabile, fu nostra. Per questo, se vogliamo in qualche modo fare uno sforzo per risollevarci, abbiamo innanzitutto il dovere di confessarci, di gridare forte [...]: “Siamo stati noi! Siamo stati noi!” [...] Fummo noi a dargli la spinta [a Mussolini] gettando ai suoi piedi tutte le nostre libertà e tutte le nostre gaurentigie in una sadica voluttà di prostrarci, di umiliarci umanamente e di annientarci civilmente»³⁵.

El autor señalaba la responsabilidad colectiva no sólo en el apoyo activo al fascismo, sino incluso en esa actitud de desinterés, de resignación y de escepticismo que había permitido al fascismo subir al poder y realizar su malvada política. Además de indicar el camino al reconocimiento de la culpa y el arrepentimiento como un viático para el renacimiento democrático, estos intelectuales testimoniaban lo profundo que había sido el enraizamiento del fascismo y sus valores en la sociedad italiana. Según el historiador de la filosofía Vladimiro Arangio Ruiz, no sólo los arribistas y los agitadores habían sostenido al fascismo, sino también la parte del país que «socialmente y económicamente más contaba», pues «en el fascismo han creído honesta y estúpidamente la flor y nata de unos caballeros todo menos agitados o trastornados e incluso (parece imposible) hombres de inteligencia y de cultura, y amantes de la patria»³⁶. La resistencia a creer que un régimen carente de una ideología original y guiado por un líder que ahora parecía ridículo hubiera podido obtener el consenso voluntario de la mayoría fue un tema recurrente, que ponía en evidencia la necesidad de enten-

³⁵ «La culpa, verdadera, humillante, imperdonable, fue nuestra. Por eso, si queremos de alguna manera hacer un esfuerzo para levantarnos de nuevo, tenemos ante todo el deber de confesarnos, de gritar fuerte [...] «¡Hemos sido nosotros! ¡Hemos sido nosotros! [...] Fuimos nosotros los que le dimos impulso [a Mussolini] tirando a sus pies todas nuestras libertades y todas nuestras garantías en una sádica voluntad de postrarnos, de humillarnos humanamente y de destruirnos civilmente», en BORSA, M.: «Sincerità», *Corriere d'informazione*, 22 de mayo de 1945 (ése era el nombre con el que el *Corriere della sera*, el periódico italiano más prestigioso, se presentó a sus lectores tras el final de la guerra para borrar su propia implicación en la República Social Italiana).

³⁶ ARANGIO RUIZ, V.: «La scorciatoia», *Corriere della sera*, 9 de septiembre de 1943.

der un fenómeno tan complejo, así como la dificultad de los italianos para reconocerse en su propio pasado³⁷. La revista *Il Ponte*, dirigida por el jurista Piero Calamandrei, sostenía que precisamente a causa del vasto consenso de que había gozado el régimen, el renacimiento económico y político del país debía estar precedido de una intensa obra de regeneración de la conciencia moral de los individuos y de la colectividad³⁸. Hasta el diario de los comunistas proponía la práctica de un examen de conciencia individual como instrumento para participar en la nueva vida pública. Uno de sus colaboradores, Vezio Crisafulli, un joven jurista que había militado en el fascismo antes de llegar al Partido Comunista, consideraba que eran sobre todo los miembros de las clases medias e intelectuales, quienes, creyendo ciegamente en el fascismo como una fe, habían perdido el hábito de usar las facultades críticas individuales, los más obligados a un «silencioso examen de conciencia» para que la conversión al nuevo credo político fuera sincera y duradera³⁹.

Los intelectuales no se limitaron a decir a los italianos que debían asumir las responsabilidades de sus errores pasados, pues ellos mismos iniciaron un severo examen de conciencia, conscientes de que la legitimación que la clase intelectual había proporcionado al fascismo había sido fundamental para la construcción del consenso de masa. En aquel momento, cuando se intentaba retomar la vida pública democrática, los intelectuales más que nadie tenían que esforzarse por realizar una saludable autocritica que desembocara en la regeneración individual y devolviera a la categoría la credibilidad perdida. Dado que los periodistas habían sido los primeros en ponerse al servicio de la propaganda fascista, en su contra fueron adoptadas medidas de depuración dirigidas a «desfascistizar» la información⁴⁰. Pero no era la única categoría intelectual que había sostenido con sus obras al régimen: el secretario del sindicato nacional de escritores, el crítico literario y antifascista Francesco Flora, denunció en público la pérdida de dignidad de los intelectuales que habían cedido a la «llamada de los corruptores» y al voluntario sometimiento a la dictadura. Un proceso imparable

³⁷ FERRARA, M.: «I timidi», *Risorgimento liberale*, 30 de septiembre de 1945.

³⁸ *Il Ponte*, abril de 1945.

³⁹ CRIS [CRISAFULLI, V.]: «Esame di coscienza», *l'Unità*, 28 de junio de 1944.

⁴⁰ ALLOTTI, P.: «L'epurazione dei giornalisti nel secondo dopoguerra, 1944-1946», *Mondo contemporaneo*, 1 (2010).

cuya primera víctima había sido la calidad de la literatura y de la crítica⁴¹. El tema de la traición de los intelectuales a su misión y a la verdad, de su culpable aceptación de los halagos del poder y del conformismo que había caracterizado su trayectoria durante las dos últimas décadas, apareció de manera recurrente en la prensa. Así, en el diario del Partido de Acción un intelectual anónimo confesaba, en nombre de toda la categoría, sus propias culpas: «Hemos consentido muchos compromisos, hemos maldecido incluso el trabajo que nos era necesario y nos obligaba a aceptarlos. Más de uno entre nosotros hasta se ha hecho ilusiones de que su sacrificio era la aportación dolorosa que su generación debía pagar por una incierta pero deseada civilización. Y ha sido una vergüenza»⁴².

La confesión pública de la culpa constituía un paso esencial en el examen de conciencia individual y una prueba de la ruptura con el pasado. El escritor Vitaliano Brancati, una promesa de la nueva generación de escritores fascistas, en ese clima general de condena moral del fascismo, tuvo el valor de admitir: «Hacia los veinte años, yo era fascista hasta la raíz del cabello. No encuentro ningún atenuante para ello»⁴³. El escritor Massimo Bontempelli, exmiembro de la fascista Academia de Italia, más tarde elegido diputado en las filas del Partido Comunista, hizo un apasionado elogio de la conversión. Citando el ejemplo de San Agustín, el escritor defendía la necesidad de no seguir atados a los errores del pasado por un malentendido sentido de la coherencia, y en su lugar reconocerlos y confesarlos honestamente para comenzar una nueva fase de la vida⁴⁴.

En estas intervenciones públicas y en el debate que tuvo lugar en los meses sucesivos sobre la responsabilidad de los intelectuales quedaba claro que la distinción entre fascismo y antifascismo no era, después de todo, tan clara. Excluyendo a una reducidísima minoría que había combatido frontalmente al fascismo, pagando a menudo un alto precio con la cárcel o el exilio, la mayoría había encontrado formas de compromiso, cuando no de franca colaboración con el régimen. Ante un sistema de poder que una vez había parecido eterno, incluso los más reputados antifascistas habían

⁴¹ FLORA, F.: «Dignità dello scrittore», *Corriere della sera*, 26 de agosto de 1943.

⁴² «Esame di coscienza», *Italia libera*, 27 de julio de 1943.

⁴³ BRANCATI, V.: *I fascisti invecchiano*, Roma-Milán, Longanesi, 1946, pp. 51-60.

⁴⁴ BONTEMPELLI, M.: «Pezzi», *Il Tempo*, 21 de enero de 1945.

acabado cediendo a la fuerza de la realidad, como en el caso paradigmático del jurista Piero Calamandrei, incansable opositor del fascismo en los años veinte que había terminado aceptando participar en la elaboración de los nuevos códigos fascistas a finales de los años treinta⁴⁵. A partir de consideraciones como éstas, un amplio sector de la sociedad italiana, que había experimentado formas de compromiso y aceptación semejantes, rechazó la pretensión de los antifascistas de presentarse como los artífices de la regeneración moral de la nación.

La culminación del debate sobre la culpa colectiva coincidió precisamente con la promulgación por parte del gobierno, en julio de 1944, de una serie de medidas legales de castigo contra los fascistas⁴⁶. La petición de drásticas medidas de depuración por parte de los partidos de izquierda (comunistas, socialistas y accionistas) encendió el debate, ya que la discusión moral sobre la culpa colectiva se mezclaba ahora con la consideración penal de las responsabilidades individuales. Fueron sobre todo los sectores sociales moderados, los que habían sostenido el régimen y se sentían representados por el nuevo movimiento político del *Uomo qualunque*, los más contrarios a una depuración que consideraban inicua y basada en la justicia de los vencedores⁴⁷. Además, ante el comprobado fracaso de las sanciones contra el vértice del régimen —altos jerarcas, industriales, militares, etcétera— se temía que la depuración terminara por golpear solamente a los más débiles, es decir, a los pequeños cuadros fascistas que no gozaban de la protección política de otros.

Las mismas fuerzas antifascistas pronto se dieron cuenta de que el intento de llevar a cabo una escrupulosa obra de desfascistización chocaba con la realidad de una sociedad cómplice con el fas-

⁴⁵ Sobre su figura, véase ZUNINO, P. G.: *La Repubblica e il suo passato...*, op. cit., pp. 133 y ss.

⁴⁶ DOMENICO, R. P.: *Italian Fascists on Trial*, Chapell Hill, University of North Carolina Press, 1991; WOLLER, H.: *I conti con il fascismo. L'epurazione in Italia, 1943-1948*, Bolonia, Il Mulino, 1997, y CANOSA, R.: *Storia dell'epurazione in Italia. Le sanzioni contro il fascismo, 1943-1948*, Milán, Baldini e Castoldi, 1999.

⁴⁷ Sobre este aspecto, MAIER, C.: «Fare giustizia, fare storia: epurazioni politiche e narrative nazionali dopo il 1945 e il 1989», en PAGGI, L. (ed.): *La memoria del nazismo nell'Europa di oggi*, Florencia, La Nuova Italia, 1997. Sobre el *qualunquismo*, primer movimiento político que dio voz a un sentimiento anti-antifascista, véase SETTA, S.: *l'Uomo qualunque, 1944-1948*, Roma-Bari, Laterza, 1975.

cismo: «¿Cómo depurar —escribía Ernesto Rossi, representante del Partido de Acción encarcelado por el fascismo, al exiliado Gaetano Salvemini— si la mayor parte de los depuradores tendría que ser depurada a su vez?»⁴⁸. El director del diario comunista, Velio Spano, un conocido antifascista que había participado en la guerra civil española y en la Resistencia, explicó los motivos que impedían una depuración rigurosa: «Ha habido en estos últimos quince años muchos millones de italianos que, por un motivo o por otro, han dado su adhesión al fascismo. Nosotros los comunistas estamos bien cualificados para saber que son pocos quienes han resistido y luchado. Y precisamente por eso nosotros los comunistas hemos sido los primeros en sostener que la pretensión de rehacer Italia a partir de diez o veinte mil personas no es sino una veleidad infantil»⁴⁹. No hay que olvidar, por otra parte, que la brutalidad de los crímenes cometidos por los nazis y neofascistas en el Norte hizo pasar a un segundo plano las responsabilidades de los años de la dictadura, consideradas «solamente» políticas y morales, por tanto no mucho más que pecados susceptibles de indulgencia. De ahí que el alcance de la depuración se fuera reduciendo progresivamente y limitando a los cuadros de la Administración pública⁵⁰.

El descubrimiento de una nación que había sido ampliamente fascista y que ahora rechazaba el juicio del antifascismo convenció a las fuerzas políticas, no sólo moderadas —democristianos, liberales, *qualunquistas* o derecha monárquica—, sino también de la izquierda socialista y comunista, de la necesidad de renunciar a la depuración para pacificar lo antes posible el país. Como consecuencia de ello, ya desde finales de 1944 la cuestión de la culpa colectiva fue gradualmente marginada en el discurso público a través de una multiplicidad de estrategias narrativas. Una de las más populares fue la tesis del fascismo «en buena fe», según la cual los italianos habían apoyado al fascismo creyendo que éste restauraría los

⁴⁸ ROSSI, E., y SALVEMINI, G.: *Dall'esilio alla Repubblica. Lettere 1944-1957*, edición de M. FRANZINELLI, Turín, Bollati Boringhieri, 2004, p. 56.

⁴⁹ SPANO, V.: «I nostri giovani», *l'Unità*, 1 de agosto de 1944.

⁵⁰ Las personas sometidas a procesos de depuración fueron un total de 300.000. Tras la llamada «ley Nenni» de noviembre de 1945, que tomaba el nombre del líder socialista que ocupaba entonces el cargo de comisario para la depuración, el número descendió a 30.000 miembros de los niveles más altos de la administración pública. En febrero de 1946 sólo 4.800 personas habían sido efectivamente depuradas; WOLLER, H.: *I conti con il fascismo...*, op. cit., pp. 521-523.

valores tradicionales de «Dios, patria y familia». La transformación del fascismo en un fenómeno de delincuencia política, postulando una especie de minoría de edad política de los italianos, permitía reconducir la cuestión de las responsabilidades de la catástrofe exclusivamente hacia los mayores culpables: la clase política fascista y la patronal que había sostenido el régimen a cambio de conspicuos beneficios. Otra versión sostenía que la militancia en el partido único había sido una exigencia para no perder el puesto de trabajo o asegurar el mantenimiento de la familia. En cualquier caso, incluso reconociendo la responsabilidad política de los italianos, se recordaba que éstos ya habían pagado un alto precio con los sufrimientos y horrores de la guerra.

Si alguien se distinguió, investido por su reconocida autoridad, por hacer de la irresponsabilidad de los italianos una interpretación generalmente aceptada del fenómeno fascista fue el filósofo liberal Benedetto Croce. En sus colaboraciones en la prensa y sus discursos públicos defendió que la secular cultura nacional, basada en los sentimientos de humanidad y moderación, no había logrado ser corrompida por un régimen brutal y carente de ideología propia, así que, cerrado el breve paréntesis de la dictadura, Italia podía retomar su camino de civilización entre las naciones democráticas⁵¹. Por otro lado, la Iglesia, que había obtenido grandes beneficios de su estrecha colaboración con el régimen, rechazó a su vez la posibilidad de un examen sereno del pasado. Las jerarquías eclesiásticas siguieron fielmente una posición oficial centrada en el tema del perdón y la reconciliación, adjudicando las causas del desastre no a los errores políticos, sino a la pretensión de los hombres de construir una civilización «sin Dios»⁵².

En general, la cuestión de la culpa se acabó convirtiendo en la convicción de que los italianos no habían sido cómplices, sino víctimas del fascismo⁵³. Mediante un proceso psicológico que proyec-

⁵¹ CROCE, B.: *Scritti e discorsi politici, 1943-1947*, vol. I, Bari, Laterza, 1963, p. 22.

⁵² «Radiomessaggio natalizio di Pio XII al mondo», *La Civiltà cattolica*, 15 de enero de 1944. Véase también MICCOLI, G.: «La Chiesa di Pio XII nella società italiana del dopoguerra», *Storia dell'Italia repubblicana*, I, Turín, Einaudi, 1994, pp. 537 y ss.

⁵³ A un resultado análogo llegó el proceso de reflexión sobre el pasado en Alemania: BENZ, W.: «Postwar Society and National Socialism: Remembrance, Amnesia, Rejection», en *Tel Aviver Jahrbuch für deutsche Geschichte*, 1990, p. 12.

taba hacia el pasado experiencias más recientes, descrito por Paolo Alatri, miembro del Partido de Acción y futuro historiador del antifascismo, muchos exfascistas conversos estaban sinceramente convencidos de haber sido siempre unos verdaderos antifascistas⁵⁴. Para el historiador del pensamiento político liberal Guido De Ruggiero, la completa ausencia de conciencia de la propia culpa se explicaba por la obra de «desresponsabilización» de los individuos realizada por la dictadura⁵⁵. De hecho, el rechazo del discurso sobre la culpa era una consecuencia de la incapacidad para reconocerse en las propias convicciones pasadas, fruto de la subversión del cuadro de valores compartidos producida por el cambio de régimen. En cualquier caso, la prioridad dada por todos los partidos a la pacificación de los ánimos desembocó en la amplia amnistía concedida en junio de 1946, y un velo de amnesia cayó sobre la responsabilidad de los italianos⁵⁶.

Como ya hemos dicho, la historiografía ha insistido sobre todo en la remoción del fascismo como resultado final del debate posbélico. Sin embargo, ampliando la perspectiva al conjunto de mecanismos retóricos puestos en marcha por las fuerzas político-intelectuales, más bien la conclusión es que, en el arco de tiempo que va desde julio de 1943 a finales de 1945, se confrontaron dos narraciones opuestas de la experiencia fascista. Paralelamente y junto a la construcción del mito del antifascismo se desarrolló, también dentro del mismo frente antifascista, un discurso que ponía el acento en la vasta obra de corrupción de las conciencias llevada a cabo por la persuasiva máquina organizativa y propagandística del régimen, subrayando el consiguiente peligro que suponía la supervivencia de una difusa «mentalidad fascista» para el nuevo Estado democrático. Que prevaleciera una representación desresponsabilizadora y edulcorada del pasado no fue fruto del antiguo vicio «chaquetero» de los italianos, sino de la aplicación de una «política del pasado» ampliamente condicionada por las expectativas colectivas y conscien-

⁵⁴ ALATRI, P.: «Morte apparente del fascismo», *La Nuova Europa*, 17 de junio de 1945.

⁵⁵ G. D. R. [DE RUGGIERO, G.]: «Considerazioni sul concetto di colpa», *La Nuova Europa*, 13 de enero de 1946.

⁵⁶ SALVATI, M.: «Amnistia e amnesia nell'Italia del 1946», en FLORES, M. (ed.): *Storia, verità, giustizia. I crimini del xx secolo*, Milán, Mondadori, 2001, pp. 141-161, y FRANZINELLI, M.: *L'amnistia Togliatti. 22 giugno 1946: colpo di spugna sui crimini fascisti*, Milán, Mondadori, 2006.

temente adoptada por las principales fuerzas políticas que, de manera semejante a lo sucedido en Alemania, condenaban por un lado la ideología fascista, mientras por el otro reintegraba a la vida pública a la mayoría de quienes habían creído en el fascismo⁵⁷.

Un ejemplo de difícil transición al posfascismo: los intelectuales de la «generación del littorio»

Los antifascistas tenían buenas razones para creer que la mayor parte de los italianos encontraría en breve plazo una colocación política dentro del nuevo sistema, pero la cuestión de la llamada «generación del littorio» o de Mussolini, es decir, los jóvenes nacidos y crecidos en el seno del régimen fascista, no podía ser afrontada con el mismo optimismo. Las nuevas generaciones habían sido criadas desde la infancia en las organizaciones del partido fascista, que había dispuesto un complejo programa educativo destinado a seguir al joven en cada momento de su vida. Esta obra de formación, que tenía como objetivo la creación de un «hombre nuevo», había sido especialmente eficaz con los jóvenes pertenecientes a las clases medias, entre quienes el régimen había seleccionado una nueva elite intelectual de auténticos militantes en la fe fascista cuya tarea era propagar esa fe y sus mitos entre las masas⁵⁸. El qué hacer con estos jóvenes animó un prolongado debate en la prensa.

En todos los análisis de los observadores contemporáneos, desde los comunistas a los liberales, quedó claro que el fascismo había conseguido crear una profunda fractura cultural entre las generaciones. Los jóvenes entre veinte y cuarenta años ignoraban completamente el patrimonio de valores políticos y civiles de la Italia antifascista y por eso no parecían los más aptos para participar en el esfuerzo colectivo para la reconstrucción del país. El 10 de septiembre de 1943, el líder de la Democracia Cristiana y futuro presidente del gobierno, Alcide De Gasperi, en una carta privada constataba que el fascismo era «una mentalidad congénita a la generación más joven» y pensaba que, por esta razón, el anti-

⁵⁷ FREI, N.: *Adenauer's Germany and the Nazi Past. The Politics of Amnesty and Integration* (1997), Nueva York, Columbia University Press, 2002, pp. XII y ss., y 303 y ss.

⁵⁸ LA ROVERE, L.: *Storia dei Guf...*, op. cit.

fascismo tenía que constituir un elemento central de su reeducación⁵⁹. Hasta Croce, quien sostenía en sus intervenciones públicas que el fascismo no había dejado huellas profundas en la sociedad, hacia mediados de 1944 reconoció la dramática condición de postración moral en la que se hallaba la que definía como una «generación desventurada»⁶⁰. Reinsertar a estos jóvenes en la nueva vida democrática exigía poner remedio a la corrupción provocada por veinte años de «deseducación» política y descrédito de la democracia. Ante todo, se trataba de que dotar a los jóvenes de aquel sentido crítico y aquella autonomía decisional que el régimen fascista había sistemáticamente eliminado y que se consideraba un requisito esencial para el ciudadano democrático.

Para los socialistas, la consecuencia más grave del dominio fascista consistía precisamente en haber dejado como herencia a la democracia una juventud postrada y sin rumbo, inmadura para participar en la vida pública. A la generación más anciana, la que se había opuesto al fascismo, se le encomendaba por tanto la obra de «reeducación de la juventud» y, al mismo tiempo, la de dirigir la reconstrucción material y política, rompiendo así una lógica natural de renovación generacional en la marcha del país⁶¹. El historiador Adolfo Omodeo, rector de la universidad de Nápoles y ministro de Educación Pública en el gobierno Badoglio, subrayaba que la educación fascista, estimulando el espíritu gregario, había producido una nivelación general de las inteligencias y un difundido conformismo entre los jóvenes. La nación necesitaba conquistar a esos jóvenes para la democracia, sin caer en el error de sustituir el viejo conformismo con uno nuevo, sino tratando más bien de estimular en ellos la «pasión por la vida civil y la conciencia del deber público»⁶². Riccardo Bauer, miembro del Partido de Acción, proponía que el lema mussoliniano «creer, obedecer, combatir» fuera sustituido por los conceptos de «antifascismo, libertad, democracia»⁶³.

⁵⁹ De Gasperi scrive. *Corrispondenza con capi di Stato cardinali uomini politici giornalisti diplomatici*, vol. I, edición de M. R. CATTI DE GASPERI, Brescia, Morcelliana, 1974, pp. 341-342.

⁶⁰ CROCE, B.: *Scritti e discorsi politici...*, op. cit., vol. I, p. 38.

⁶¹ «Un compito: i giovani», *Avanti!*, 26 de febrero de 1944 (edición de Bologna).

⁶² OMODEO, A.: «La rieducazione della gioventù italiana», 13 de enero de 1944, en OMODEO, A.: *Libertà e storia. Scritti e discorsi politici*, Turín, Einaudi, 1960.

⁶³ «Intervista con Riccardo Bauer», *Gioventù nuova*, 24 de diciembre de 1944.

Incluso no faltaron intentos de experimentar formas de rehabilitación democrática de los jóvenes. Por iniciativa del comunista Concetto Marchesi, exrector de la Universidad de Padua y exponente destacado de la Resistencia, y del democristiano Gustavo Colonnetti, exrector del Politécnico de Turín y exiliado antifascista, se planteó la idea de crear campos de reeducación ideológica de los jóvenes universitarios que volvían de la guerra, según el modelo ya probado con éxito entre los prisioneros italianos en Rusia⁶⁴. En el mejor de los casos, se proponía que los jóvenes tuvieran que someterse a un periodo de «cuarentena», es decir, a un periodo de abstención de la participación política, imprescindible para abandonar las falsas convicciones del pasado y elegir de manera consciente una nueva colocación política. La desconfianza de los más mayores respecto a los jóvenes quedó demostrada también por el hecho de que aún tendría que pasar mucho tiempo para que estos últimos pudieran acceder a puestos dirigentes en los partidos antifascistas y a cargos electivos de la República⁶⁵.

¿Eran correctas estas previsiones tan pesimistas sobre el estado de la juventud intelectual italiana? A la luz de las colaboraciones de los jóvenes en la prensa, la respuesta parece ser afirmativa. En efecto, sólo una parte minoritaria de la juventud intelectual había encontrado en la participación activa en la Resistencia o en la reconstrucción del país el camino para salir del horizonte ideológico y cultural del fascismo⁶⁶. Entre éstos estaba Pier Paolo Pasolini, quien señalaba como misión de su generación, maleducada por el fascismo, la redención mediante una dedicación activa y de corazón a la reconstrucción de Italia⁶⁷. Otra parte se adaptó simplemente, sin sufrir graves crisis de conciencia o laceraciones interiores, a la nueva situación política. A estos últimos, como a muchos italianos, la estrategia del silencio les ofrecía la oportunidad de sepultar la memoria del pasado bajo un estrato de olvido tranquilizador, incluso, en algunos pocos casos, la posibilidad de creer en un «nuevo inicio». Para muchos, en cambio, la caída del fascismo representó no

⁶⁴ «Per la gioventù universitaria che ritorna», *l'Unità*, 15 de abril de 1945.

⁶⁵ LA ROVERE, L.: *L'eredità del fascismo...*, op. cit., pp. 254 y ss.

⁶⁶ PAVONE, C.: *Una guerra civile. Saggio storico sulla moralità della Resistenza*, Turín, Bollati Boringhieri, 1994.

⁶⁷ PASOLINI, P. P.: *Lettere, 1940-1954*, edición de N. NALDINI, Turín, Einaudi, 1986, pp. 184-185.

un mero cambio de régimen político, sino la repentina desaparición de todo en lo que hasta entonces habían creído. El hundimiento del sistema de valores con el que se habían identificado tuvo como resultado una especie de indiferencia moral, acompañada por una actitud de rechazo hacia un mundo convertido de repente en incomprensible y hostil. Exaltados por el fascismo como vanguardia de la historia, estos jóvenes no deseaban nada más que ser olvidados. Había una última tipología de jóvenes, entre ellos muchos intelectuales católicos, a la que pertenecen quienes, aun distanciándose tiempo antes de los valores y mitos del fascismo, aun habiendo rechazado el papel de vanguardia que éste les atribuía, aun habiendo vivido la guerra como una experiencia decisiva que había eclipsado definitivamente las ilusiones del pasado, se habían formado y socializado en el clima antidemocrático del fascismo. Tenían una idea bastante negativa de la Italia liberal y se sentían tan extraños respecto a la nostalgia del pasado fascista que empezaba a reafiorar, como hacia las certezas del frente antifascista.

Las condiciones de postración, desilusión y desorientación de la juventud emergieron claramente en el transcurso del debate público. Los testimonios de este estado de ánimo llenaron las cartas de los lectores y las columnas de los periódicos de esos años, restituyéndonos con nitidez los esfuerzos llevados a cabo por una minoría de intelectuales para hacer frente, con honestidad y humildad, a lo que entonces se percibía como una crisis generacional. Así, de la encuesta promovida entre los lectores de la revista *La folla* resultó que más del 90 por 100 de los casi dos mil jóvenes encuestados pensaba que había malgastado su juventud⁶⁸. En una carta a un periódico de Bolonia, un treintañero daba voz a este sentimiento de desencanto y disgusto por el compromiso político de su generación: «Viejos sin haber tenido una juventud, queríamos poder volver a prepararnos en silencio [...] Queremos sólo ser olvidados. Porque estamos cansados, y ya no somos capaces de servir»⁶⁹. Uno de los exponentes más prometedores de la joven leva fascista, Giuseppe A. Longo, exsecretario del Instituto de Cultura Fascista ahora convertido al *qualunquismo*, describía como una «extraña especie de ataraxia», de serenidad, el estado de ánimo dejado en su

⁶⁸ *La Folla*, 28 junio, 26 julio y 2 y 9 de agosto de 1945.

⁶⁹ MAGGIORI, M.: «Vogliamo essere dimenticati», *Domenica*, 12 de noviembre de 1944.

generación por el desplome del fascismo: «es como si nuestra alma se hubiera vaciado de repente de cualquier sensación noble, desnudado de cualquier sentimiento elevado, reseca, debilitada [...] No sentimos ya las cosas bonitas, ya no tenemos ninguna confianza fundada en algo mejor»⁷⁰.

La crisis de los jóvenes constituía el efecto más visible de la pedagogía fascista a la que habían sido expuestos desde la infancia, es decir, su incapacidad para actuar fuera de los esquemas mentales y de comportamiento que la dictadura les había inculcado. La nueva situación de libertad, que podía haber tenido el efecto de estimular en ellos un renovado empeño a favor de la sociedad, se transformó, por el contrario, en una especie de parálisis existencial. Aquellos que habían sido formados para encarnar al «hombre fascista» se mostraban incapaces de ser, o al menos de sentirse, ciudadanos del nuevo Estado democrático. Aldo Moro, por entonces un joven intelectual católico que había sido presidente de la Federación Universitaria Católica Italiana (FUCI), participando así activamente en la vida cultural del régimen, y destinado como sabemos a desempeñar un importante papel político en el futuro de la Italia republicana, sintetizó ese malestar en una fórmula que expresaba eficazmente el drama de su generación: el «miedo de ser hombres»⁷¹.

Mientras una parte de la juventud creyó necesario reflexionar sobre los errores del pasado antes de retomar la palabra en el debate público, otra parte reaccionó a las acusaciones de fascismo acusando a su vez a la generación de sus padres de no haber sabido oponer resistencia suficiente al fascismo y de no haber sabido mantener encendida en los jóvenes la llama de la libertad. Se extendió durante esos años el tema de una «generación sin maestros». En una carta enviada a la revista *La Nuova Europa*, un joven acusaba a los hombres del antifascismo de «deserción» por no haber sabido guiar a la juventud: «Nosotros hemos estado solos. ¿Cómo podíamos defendernos? Vosotros lo sabíais todo y no nos habéis dicho nada. Vosotros sabíais cómo iba a terminar y habéis dejado que nosotros —que no sabíamos nada— fuéramos arrastrados hasta el

⁷⁰ LONGO, G. A.: «Vita di guerra perduta», *L'Uomo qualunque*, 7 de febrero de 1945.

⁷¹ MORO, A.: «Paura di essere uomini», *Ricerca*, 15 de junio de 1945. Sobre la actividad del joven intelectual, MORO, R.: «La formazione giovanile di Aldo Moro», *Storia contemporanea*, 4-5 (1983), pp. 842-996.

fondo»⁷². En esos años se desarrolló, por tanto, una auténtica polémica generacional cuyo efecto fue, sin embargo, el de hacer aún más evidentes las acusaciones y preocupaciones de los mayores hacia el estado de inmadurez política de la juventud italiana.

De hecho, el conflicto generacional de aquellos años era el producto de una experiencia sustancialmente diferente del fascismo. Mientras que para los antifascistas el régimen había sido una brutal dictadura que había impedido el progreso de la sociedad, los jóvenes no habían tenido la oportunidad de elegir, y así habían creído que el fascismo representaba la superación definitiva de orden democrático-burgués y el intento de crear una nueva y más avanzada forma de civilización⁷³. Pese a la caída del régimen, una parte de la juventud no estaba dispuesta a renunciar al patrimonio de reflexiones y de experiencias acumulado en los años anteriores, e incluso pensaba que todo ello podría servir para definir los aspectos político-sociales de la nueva Italia. Por esta razón muchos jóvenes intelectuales rechazaron la cultura y los programas políticos del antifascismo, porque se presentaba como la negación absoluta del fascismo y como una vuelta pura y simple a la situación anterior. La negativa a elegir de manera rotunda entre fascismo y antifascismo llevó a muchos jóvenes intelectuales de la época a ensayar una ilusoria solución posfascista. Aldo Moro fue el más notable representante de esta tendencia. Profesor en Bari y uno de los más jóvenes diputados de la Democracia Cristiana (DC) en la Asamblea Constituyente elegida en 1946, todavía a mediados de 1944 distinguía entre un «antifascismo formal y vacío» y el «posfascismo», entendido «como fenómeno capaz de entender y, verdadera y sustancialmente, de superar su término opuesto»⁷⁴.

Este tema de la aspiración a una regeneración moral de la política opuesta a lo que se juzgaba como vil oportunismo y ansias de poder del antifascismo aparece en la reflexión de muchos jóvenes intelectuales crecidos en el fascismo. Un grupo reunido en torno a la revista milanese *Costume* veía la causa del extravío de los jóvenes en que éstos se encontraban frente a una política que, falta de cualquier aspiración ideal, les parecía envilecida y reducida a una mera capacidad técnica. En las páginas de *Costume*, la llamada a

⁷² *La Nuova Europa*, 21 de enero de 1945.

⁷³ LA ROVERE, L.: *Storia dei Guf...*, op. cit., pp. 228 y ss.

⁷⁴ MORO, A.: «Antifascismo e posfascismo», *La Rassegna*, 31 de agosto de 1944.

la dimensión ética y espiritual de la política era utilizada para deslegitimar a la clase política, considerada poco apta para volver a levantar al país, contraponiendo a la retórica, al arrivismo y a la insensibilidad psicológica de las clases dirigentes una superior concepción política de los jóvenes⁷⁵. La confianza en las posibilidades de reconducir las energías nacionales hacia una fórmula que no fuera ni fascista ni antifascista no se tradujo, sin embargo, en un proyecto articulado y creíble. En realidad, se trataba de una posición puramente negativa que contestaba el valor del antifascismo como ideología, como canon de interpretación de la reciente historia nacional y como base programática de la reconstrucción identitaria y material de la nación, y negaba desde la raíz la legitimidad de aquel proyecto pedagógico considerado necesario por gran parte de los antifascistas para refundar una nueva conciencia democrática de los italianos.

Esta posición, pese al común rechazo del antifascismo, no era asimilable al neofascismo, en cuanto partía del presupuesto de que el fracaso del fascismo era un hecho irrefutable. Más bien suponía la señal de un malestar de los jóvenes hacia la realidad política de la posguerra, aunque dentro de él confluían trayectorias político-culturales y existenciales muy diversas, desde quienes habían tomado pronto las armas contra el fascismo a quienes lo habían abandonado tarde y por fuerza de las circunstancias. Se trataba de un vago estado de ánimo, pero no por ello dejaba de tener un efecto muy concreto: el de poner a un sector relevante de la juventud italiana en una especie de limbo, en una posición en la cual el alejamiento del fascismo no resultaba suficiente para superar la desconfianza hacia el antifascismo y para aceptar en todos sus términos el sistema político en vías de realización.

Por su parte, los antifascistas no dejaron de remarcar que esta posición, que hacía compatible el repudio del «mito fascista» con el rechazo a asumir los «propósitos de reconstrucción antifascista», suponía de hecho un «residuo de mentalidad fascista»:

«mentre esteriormente appare la espressione sincera di un desiderio di miglioramento e di naturale repulsa per i ritorni immutati all'antefascismo,

⁷⁵ PARLATO, G.: «Dalla moralità del combattimento al moralismo della politica. I giovani liberali di "Costume" e la delusione dell'antifascismo (1944-1945)», *Storia contemporanea*, 6, 1996, pp. 1165-1204.

è in effetto, occorre ripeterlo, una inconsapevole adesione alla predicazione del fascismo, un reliquato della dannosa abitudine di avere chi pensava sempre per tutti, tenendoli sotto la sua paternalistica tutela»⁷⁶.

Esta compleja situación amenazaba con socavar los cimientos del renacimiento democrático, por eso todos los partidos antifascistas adoptaron una estrategia discursiva que insistía en el trabajo pero irreversible proceso de emancipación de los jóvenes de los mitos fascistas. En particular, el Partido Comunista desarrolló, a través de sus medios de prensa, una verdadera estrategia de la memoria para la juventud. Los intelectuales comunistas, a menudo jóvenes que provenían del fascismo, fueron los encargados de construir una memoria pública de la experiencia fascista que pusiera remedio a esa crisis generacional y, al mismo tiempo, que favoreciera el ingreso de los jóvenes exfascistas en el partido. Como argumentaba en 1946 el intelectual y escritor Elio Vittorini, exfascista convertido al comunismo y autor de una de las más famosas novelas sobre la Resistencia⁷⁷, los jóvenes habían dado su adhesión al fascismo sobre la base de sus eslóganes revolucionarios y anticapitalistas, sin comprender que aquél era sólo un instrumento de la reacción y del capital. Por ese motivo, el suyo era un modo «antifascista de ser fascistas». La conclusión era que los jóvenes que habían creído en las promesas de justicia social del régimen tenían la posibilidad ahora de realizarlas militando en el Partido Comunista⁷⁸. Este género de narración será divulgado con extraordinario éxito —hasta el punto de ser asumido por la historiografía— gracias al libro *Il lungo viaggio attraverso il fascismo*, del exfascista y militante comunista Ruggero Zangrandi, donde se describía el difícil itinerario de un joven nacido y crecido en el régimen para encontrar el camino del antifascismo⁷⁹.

⁷⁶ «Mientras exteriormente parece la expresión sincera de un deseo de mejora y de natural repulsa a un regreso al estado de cosas anterior al fascismo, es en verdad, hay que decirlo, una inconsciente adhesión a la predicación del fascismo, una reliquia de la dañosa costumbre de tener a quien pensaba siempre por todos, manteniéndolos bajo su tutela paternalista»; en «Retaggio fascista», *L'Azione*, 10 de noviembre de 1943.

⁷⁷ Nos referimos a *Uomini e no*, Milán, Bompiani, 1945.

⁷⁸ VITTORINI, E.: «Fascisti i giovani», *Il Politecnico*, 5 de enero de 1946.

⁷⁹ Turín, Einaudi, 1947. Del éxito de este libro son buena prueba las numerosas ediciones, la última de 1998.

Tal política de apertura hacia los jóvenes y, sobre todo, la posibilidad que les ofrecía de efectuar una transición bajo el signo de la continuidad en el ideal de la revolución —desde la «falsa» revolución social fascista a la «verdadera» revolución del proletariado— permitió al Partido Comunista acoger a muchos intelectuales exfascistas, sobre todo de esa joven generación, con casos tan conocidos como los de Pietro Ingrao, Carlo Lizzani, Anna Maria Ortese, Antonio Ghirelli, Massimo Caprara, Ruggero Zangrandi o Fidia Gambetti. Por su parte, la DC, aunque no desarrolló una narración tan efectiva sobre la experiencia de los jóvenes intelectuales provenientes del fascismo, abrió sus puertas a muchos de ellos. En su programa de diciembre de 1943 se podía leer que el nuevo partido nacía para «construir un puente entre dos generaciones»⁸⁰. El Partido Socialista Italiano (PSI), aun manteniendo una actitud verbal de desconfianza hacia los jóvenes influidos por el fascismo, no dudó en tomar contacto con los excombatientes de la República Social Italiana⁸¹, mientras que autorizados representantes del Partido Liberal y del Partido Republicano llegaron a defender que el antifascismo de los más jóvenes podía considerarse más puro y genuino que el de los mayores porque había sido conquistado a través de un duro aprendizaje de la conciencia y en condiciones de extrema soledad⁸².

Conclusión

El debate sobre las herencias del fascismo muestra de manera evidente los límites del paradigma antifascista, según el cual los italianos habrían permanecido inmunes a la influencia fascista y eso les habría permitido desembarazarse del pasado sin problema, readaptándose con oportunismo y sin escrúpulos a la nueva situación política. El diagnóstico sobre el estado de la sociedad italiana después de veinte años de dictadura imponía a los antifascistas una

⁸⁰ DEMOFILO [DE GASPERI, A.]: «Il programma della Democrazia cristiana», *Il Popolo*, 12 de diciembre de 1943.

⁸¹ NEGLIE, P.: *Fratelli in camicia nera. Comunisti e fascisti dal corporativismo alla Cgil*, Bologna, Il Mulino, 1996, pp. 147-148.

⁸² Por ejemplo, TERRACINI, E.: «I giovani che ebbero la tessera», *La Voce repubblicana*, 14 de agosto de 1945.

tarea prioritaria: no bastaba con haber derrotado militarmente al fascismo, era necesario también poner en marcha una operación capilar de reeducación de las masas para levantar sobre bases sólidas un nuevo Estado democrático. Esta acción reeducativa era considerada especialmente urgente con las nuevas generaciones, y el debate en torno a ellas permite al historiador deducir algunas informaciones importantes sobre la naturaleza del régimen fascista. Una de ellas, que el aparato organizativo del régimen no había sido esa escenografía teatral de cartón-piedra, incapaz de transmitir su propia visión del mundo y sus valores a las nuevas generaciones. Al contrario, los efectos de la pedagogía fascista o como mínimo el vacío de culturas políticas alternativas creado por ella, no sólo se habían manifestado claramente en el pasado, sino que persistían en el presente convirtiendo a toda una generación en incapaz para el ejercicio de la libre y consciente ciudadanía democrática.

El rechazo de la democracia y, sobre todo, de los valores y la política del antifascismo derivaba sin duda de la inexperiencia en la práctica democrática y de la incapacidad de valorar de manera realista las relaciones políticas de la Italia de posguerra. Lo cual suponía, además, un *escamotage* para reconstruir la continuidad de la trayectoria biográfica, para intentar mantener unidas las experiencias del pasado con las perspectivas del presente. En otras palabras, los jóvenes trataban de delinear los contornos de «otro antifascismo», porque suscribir el antifascismo de sus padres, que consideraba la experiencia fascista como una pura negatividad a borrar completamente de la memoria colectiva, habría significado renegar de sí mismos, del propio pasado, de la propia identidad.

La demanda de un orden posfascista que integrase la experiencia y los valores de la «generación del littorio» no era un legado ideológico fascista, si se entiende como la fe persistente en sus mitos, sino que dejaba entrever un condicionamiento mucho más profundo ejercido por la dictadura, un modo de entender la política que sobrevivía a la caída del régimen y que actuaba incluso sobre individuos que habían abandonado el horizonte histórico e ideológico del fascismo. En otros términos, el rechazo a vivir la política democrática, con su relativismo, su pragmatismo y sus compromisos era el síntoma —detectado por los contemporáneos— de la permanencia de una concepción «integralista» de la política adquirida durante los años de formación, una idea de la política como activi-

dad capaz de satisfacer cada necesidad de la persona, la primera de ellas la exigencia identitaria. Una urgencia advertida, por ejemplo, por un intelectual como Franco Fortini, quien, desde la participación en los *Littoriali* de la cultura y del arte —competición cultural organizada por el régimen fascista entre los jóvenes de las escuelas y universidades—, había pasado a la lucha partisana y de allí a la militancia socialista. Todavía a principios de 1948 este escritor sostenía que la reinserción de los jóvenes en el sistema democrático no podía darse aún por concluida, a causa de la incapacidad de los partidos para comprender «la novedad de la experiencia vivida por las generaciones más jóvenes».

En su denuncia del carácter burocrático e ideológico del antifascismo afloraba seguramente el resentimiento por la persistente exclusión de muchos jóvenes, pero también resonaba en ella el eco de esa aspiración ética de la política, que hiciera posible recomponer las distintas esferas de la existencia humana y responder a sus numerosas necesidades. Una idea que había constituido y seguía constituyendo, aun en nombre de nuevos valores, la idea-guía del compromiso militante de numerosos intelectuales. Por eso Fortini decía hablar en nombre de todos «aquellos jóvenes que hoy continúan su largo viaje para que no exista nunca más una distinción entre vida privada y pública, entre poesía y política, entre cultura y política, no han olvidado sus orígenes, la primera etapa de su viaje: y si el joven moralismo quizás se ha revestido de aparente cinismo, no por ello ha desaparecido. Las distinciones tan estimadas por sus padres no le interesan: quieren una vida y una verdad total»⁸³. También para Ruggero Zangrandi, a quien hemos citado antes, los jóvenes «nuevos en la política» se habían inscrito en los partidos antifascistas a coste de un penoso tormento interior para superar el fascismo y para madurar nuevos ideales. Sin embargo, pronto se habían dado cuenta de que la vieja clase dirigente no era un ejemplo de virtud y de moralidad. La «revuelta moral» consiguiente había dado lugar a un reagrupamiento de los exfascistas en un «frente de la generación de en medio», situada en la oposición a todos los partidos⁸⁴.

⁸³ FORTINI, F.: «Un viaggio non finito», *Avanti!*, 13 de enero de 1948.

⁸⁴ ZANGRANDI, R.: «Verso un fronte della generazione di mezzo?», *Rinascita*, enero de 1950.

No sólo la reconstrucción de las trayectorias biográficas, por sí mismas poco significativas, sino sobre todo el examen de los testimonios sobre los motivos de la propia evolución ideal y política que han dejado los protagonistas nos permite avanzar en la hipótesis de que algunos elementos fundamentales de la originaria formación política contribuyeron a determinar las nuevas opciones de los intelectuales. Si bien en el nuevo clima las actitudes ideológicas maduras durante el fascismo se injertaron dentro de culturas políticas muy distintas y dieron lugar a formas parcialmente inéditas. Además, el hecho de que no se verificaran fenómenos significativos de migraciones políticas en masa desmiente una frecuente versión de aquellos acontecimientos, según la cual desde el fascismo era natural, por una supuesta contigüidad ideológica, acabar militando en un partido en lugar de otro. Sería equivocado deducir que la joven intelectualidad estaba atraída exclusivamente por el comunismo porque existía una especie de afinidad entre los dos totalitarismos⁸⁵.

Los jóvenes intelectuales fueron los únicos que reflexionaron públicamente, bien obligados a responder a las acusaciones de los mayores, bien porque fueron los más duramente afectados por la crisis de valores producida por el desplome del régimen, sobre su propia desorientación y su dificultad de inserirse nuevamente en el mundo político y cultural. Pero su salida del fascismo se produjo por itinerarios muy distintos. En muchos casos, las convicciones políticas individuales se modificaron como consecuencia de experiencias personales, o por la percepción del contexto externo. En general, la definición de una nueva orientación fue el resultado de una compleja trama de reflexiones sobre el pasado y de necesidades psicológicas e identitarias, junto con el decisivo papel de las redes de amistades, la casualidad de los encuentros y las oportunidades que se presentaron a cada uno⁸⁶. Pese a la dificultad de reducir a un esquema típico todos esos itinerarios biográficos y existenciales muy tortuosos y accidentados, se podrían distinguir al menos tres tendencias principales, tres opciones ideales en ese recorrido de abandono del fascismo.

⁸⁵ Por ejemplo, BUCHIGNANI, P.: *Fascisti rossi. Da Salò al Pci: la storia sconosciuta di una migrazione politica, 1943-1953*, Milán, Mondadori, 1998, o SERRI, M.: *I redenti...*, *op. cit.*

⁸⁶ LA ROVERE, L.: *L'eredità del fascismo...*, *op. cit.*, pp. 258 y ss.

En primer lugar, hubo quien creyó salvarse de la crisis identitaria producida por el fin de su mundo reivindicando una absoluta coherencia con los valores e ideas del pasado: fue la posición de quienes acabaron militando o simpatizando con alguna de las expresiones del neofascismo de la posguerra. Una variante de esta posición fue la de quienes, aun abandonando el horizonte ideológico del fascismo, retuvieron del pasado una profunda aversión contra el materialismo, el colectivismo o el internacionalismo comunista, dando su adhesión a la derecha monárquica, conservadora o católica.

El segundo itinerario fue el recorrido por aquellos que eligieron una forma de continuidad ideal incluso en la discontinuidad de las opciones políticas. La recuperación selectiva de algunos temas del programa social y popular del régimen y la persistente fascinación por los mitos de palingenesia social pudo favorecer una llegada al Partido Comunista o al Partido Socialista. Desenmascarado el «engaño» fascista, con su retórica anticapitalista y antiburguesa contra las fuerzas conservadoras, permanecía en el fondo la aspiración a una acción social y revolucionaria. Se trató, como es obvio, de una recuperación selectiva del pasado destinada a enfatizar las continuidades ideales dejando de lado otros elementos ideológicos —el nacionalismo, el imperialismo o el racismo— que habían caracterizado en igual medida la actividad intelectual de los jóvenes fascistas.

La tercera opción fue la elegida por quienes llevaron a cabo su personal transición a través de una radical ruptura y un completo cambio no sólo del marco ideológico, sino también de los valores individuales. Reconociendo el carácter utópico del ideal revolucionario, de cualquier revolución, se distanciaron de su infatuación juvenil con los mitos colectivos del Estado totalitario y pasaron a defender una auténtica política liberal al servicio de la colectividad y de la persona. Fue el caso, por ejemplo, de Vittorio Zincone, quien, partiendo del propio conocimiento de los mecanismos del Estado totalitario gracias a su condición de dirigente de organizaciones políticas del régimen, se dedicó luego a la denuncia del carácter irracional y antihumano de los totalitarismos tanto de derecha como de izquierda⁸⁷.

⁸⁷ ZINCONI, V.: *Lo Stato totalitario*, Roma, Edizioni Faro, 1947. Zincone había

En suma, el debate sobre la cuestión de los jóvenes permite sacar a la luz un hecho a menudo marginado por los historiadores. Desde la perspectiva de las culturas y las mentalidades, la transición al posfascismo y la reorganización de la vida pública italiana de posguerra no se llevó a cabo bajo el signo de la discontinuidad, sino que estuvo condicionada de manera importante por los rasgos dejados en la sociedad por veinte años de pedagogía totalitaria. El análisis de las actitudes de la juventud intelectual no agota, por supuesto, el tema de los legados de la dictadura. Sin embargo, si se pone en relación con la discusión más general sobre los efectos del dominio totalitario que protagonizaron observadores fiables por parte antifascista, puede ser tomada como un indicador de procesos más profundos y sólo parcialmente analizables por las dificultades ya mencionadas en la introducción.

El caso de los jóvenes intelectuales exfascistas demuestra que la transición al posfascismo se caracterizó por la dificultad de muchos italianos para emanciparse de la formación recibida y de la mentalidad asimilada en los años de la dictadura, y para reconstruirse una nueva identidad compatible con los valores ahora dominantes de democracia y libertad. La misma dialéctica política dentro de cada partido estuvo influida por la confluencia de diferentes componentes generacionales, que se caracterizaban por una distinta visión del pasado y diferentes proyectos para el futuro. El recorrido hacia el antifascismo y la democracia por parte de las generaciones crecidas bajo el régimen mussoliniano —y no sólo ellas— fue, por tanto, lento y trabajoso, resultado de un atormentado proceso de evolución ideal y de maduración política que sólo unos pocos habían iniciado en los últimos años del régimen y que para muchos siguió mucho más allá de su caída. Ésa fue la razón de que una parte de la juventud intelectual, en lugar de participar activamente en la reconstrucción del país como parecía lógico, permaneciera bastante tiempo en una posición de rechazo o de indiferencia respecto a la nueva Italia antifascista.

Por lo demás, los dirigentes antifascistas eran conscientes de que la tarea de sacar al país fuera del fascismo ocuparía a la clase política durante los próximos años. Como escribió el intelectual y periodista Panfilo Gentile a principios de 1947, si los fascistas o los

sido, entre otras cosas, miembro de la Oficina de Estudios y Legislación del Partido Nacional Fascista; en GENTILE, E.: *La via italiana al totalitarismo...*, op. cit., p. 294.

neofascistas representaban tan sólo a una minoría desdeñable y ya no suponían una amenaza, la insidia mayor provenía de aquel sentimiento antidemocrático aún ampliamente extendido: «El régimen democrático marcha con un ejército enemigo en sus flancos o, si se quiere, por una masa que respecto a la democracia no tiene más sentimientos que la desconfianza y el desprecio»⁸⁸.

[Traducción del italiano: Javier Muñoz Soro]

⁸⁸ GENTILE, P.: «L'altro fascismo», *Risorgimento liberale*, 28 de marzo de 1947.